

# Celosía de palabras

Mónica Díaz de Rivera Álvarez



*¿Has visto su cara, que brilla como la luna en el  
horizonte a pesar de tenerla cubierta con un velo?  
Ella alumbra la oscuridad de los templos  
y el sol empalidece cuando pasa.  
Su frente eclipsa a la rosa y su mejilla a la manzana.  
Su expresiva mirada conmueve al pueblo y lo encanta.  
Y si alguno la mira, queda encantado de amor  
y abrasado en el fuego del deseo.*

Las mil y una noches



Faltaba menos del cuarto para la hora cuando llegamos al templo de La Santísima. Observé al anciano sentado junto a la puerta: la espalda apoyada en el muro de piedra, las rodillas dobladas –ocultando casi la totalidad del rostro longevo, de un bronce ajado–, y la mano callosa extendida en actitud de ruego. Su tamaño lucía minúsculo en comparación con la majestuosidad del portón que daba paso al interior del recinto. Las campanas anunciaron la segunda llamada en el momento en que le entregué con disimulo una moneda.

“Apúrate, María José, tenemos que confesarnos antes de que empiece la misa y seguro hay mucha gente” me advirtió Esperanza, quien me tendió un velo para que me cubriera la cabeza. Tomé el velo y al hacerlo se desdobló. Se trataba de un rectángulo de tul blanco, sin ribete, salpicado con pequeños círculos de terciopelo del mismo color. “No me lo voy a poner –le dije en voz baja–, se supone que las mujeres ya no tenemos que usar velo. Además está espantoso, otro más cursi no podías haberte conseguido”.

Con un movimiento de cabeza, Esperanza me señaló el letrero que resaltaba junto al pizarrón de anuncios parroquiales: “Esta es la casa de Dios. Se prohíbe la entrada a mujeres con la cabeza descubierta, con pantalones, sin mangas o vestidas de forma indecente”.

“¡Me vale! En esta ciudad los curas son unos retrógrados –dije– ¡Ni me digas nada! Con los rollos de mi mamá tengo. Seguro, para ella entrar sin mantilla sigue siendo pecado de escándalo”.

Sin más, atravesamos el dintel de la puerta. Mi cuerpo recibió con recelo el cambio de temperatura y la oscuridad del interior. Sentí cómo el frío del mármol se colaba por mis pies y ascendía poco a poco por mis piernas para fijarse en el estómago.

Entumecida, crucé los brazos y ejercí presión sobre mi pecho. El pedazo de tul se desdobló en cascada sostenido por mis dedos a la

altura del hombro. Percibí el endurecimiento de mis pezones y el olor a vapores de incienso y flores marchitas. Unos lánguidos rayos de luz provenientes del vitral me permitieron ubicar el confesonario. Desde el coro el sonido del órgano nos llegaba en acordes largos y espaciados.

Conforme caminé en dirección a la casilla de madera, de puntitas para evitar que el taconeo distrajera a los fieles reclinados frente a las bancas, mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Al cruzar el pasillo central entreví el altar a lo lejos y la custodia expuesta. Pasé de largo con una simple inclinación de cabeza. Esperanza me siguió hasta el confesonario sin que mediara entre ambas palabra alguna; el recogimiento del lugar era interrumpido a ratos por el carraspeo de una anciana hincada frente a la imagen de Santa Mónica y los lamentos entrecortados del órgano.

El confesonario tenía la puerta central abierta: el cura reclinaba su cabeza contra la celosía izquierda, la mano cubriendo la boca, los ojos pendientes de todo lo que acontecía afuera.

Lo descubrí mirándome mientras tomaba mi lugar entre las mujeres que esperaban declarar sus pecados. Me sentí observada.

“Seguro ya se dio cuenta de que traigo la cabeza descubierta”, pensé, y una punzada de culpa me hizo ruborizar. Fijé la vista en el retablo central e intenté concentrarme en hacer un buen examen de conciencia. La representación de Dios Padre como elemento decorativo en la parte superior logró que me distrajera: el triángulo rodeado de rayos dorados con un enorme ojo en el centro. Sobre el triángulo se posaba una paloma blanca.

Tendría yo más o menos diez años cuando escuché la palabra *voyeur* de labios de mi tío Alfonso en una reunión familiar. Sin dar importancia al tema de la conversación interrumpí su diálogo con la tía Hortensia para investigar su significado, lo que motivó que mi madre, ocupada en la cocina, fuera llamada a escena.

—Oye, Teresa, la niña quiere saber qué quiere decir la palabra *voyeur*—le espetó sin más el tío cuando mamá apareció en el comedor con el delantal puesto y una manopla para las cosas calientes en la mano derecha.

—¿Qué qué quiere decir *voyeur*? —dijo, volviéndose hacia mí, con la mirada de melasvasapagar que tan bien conocía prendida en los ojos—,

¿de dónde conoces ese término, Pe-pi-ta? —arrastró la voz. Cuando mamá me llamaba Pepita, algo poco bueno estaba a punto de suceder.

—El tío Alfonso se la dijo a la tía Hortensia, mamá, ¿es algo malo? —pregunté en voz baja.

—Yo no he dicho eso, hija —y de golpe—, es una palabra en francés que quiere decir “mirón”.

—¿Mirón?

—Sí, alguien que observa a las personas por placer, sin ser visto y sin pedir permiso.

—¿Y qué cosas le gusta observar a un mirón, mami? ¿No dices que espiar es de mala educación? —insistí.

—¡Claro que lo es, Pe-pi-ta!, ya te dije, los *voyeurs* son hombres que todo ven —se impacientó.

—¡Ah! Entonces igualito que Dios, mami, todo lo ve y todo lo sabe, además de estar en todas partes —dije, en tono de marisabidilla—. ¡Dios es un *voyeur*!

—Será *voyeurista* —rió la tía Hortensia—. ¡Vaya contigo, niña! ¡Si serás ocurrente!

Mamá se acercó a su hermana y le dijo al oído algo que no alcancé a escuchar. En cierta medida yo sabía que estaba siendo el foco de atención, por lo que no dudé en continuar con mi perorata.

—Mi catecismo dice que Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar, y mi mamá asegura que siempre nos ve, en todo momento; hasta cuando vamos al baño, Dios nos está mirando. Además —continué—, en el catecismo del padre Ripalda aparece Dios representado como un triángulo con un ojo enoooooorme. La madre Rosa dice que para que nos pueda ver a todos, a todos. ¡Seguro, Dios es un *voyeurista*!

El recuerdo y la visión del ojo en el retablo me hicieron sonreír. Esa no fue la única vez que puse a mi madre en aprietos con conclusiones propias. Siempre me sentí apabullada frente a las imágenes, de tamaño natural o a escala, de bulto o en relieve, que encontrábamos en los templos, sin importar mucho la clase de capilla, santuario, catedral o ermita que visitáramos. Igual interrumpía la devoción de mamá un domingo durante la misa para indagar si a Santa Mónica le bajaba la regla y qué usaba para no mancharse, o para averiguar si la Inmaculada Concepción

había sido dotada de leche para amamantar al niño Jesús. Me intrigaba saber por qué los senos de las imágenes de santas y mártires estaban, por lo general, escondidos bajo sus tiesos ropajes y si los ángeles eran niños o niñas.

Tuve que conformarme con respuestas como “no lo sé”, “pon atención al padre y deja de distraerme con tonterías, niña”, “en esa época las mujeres usaban ropa holgada y por eso las representan así” y “los ángeles no tienen sexo, María José, son espíritus puros”.

Con la reverenda madre Rosa Irigoyen, mi catequista, no tuve la misma suerte que con mamá: el día que nos pidió en clase que hiciéramos un dibujo relacionado con el adviento, tuve a bien pintar una rubia y despampanante Virgen María con el vientre y los senos inflamados por el embarazo. Sin más y por esa irreverencia, como calificó la monja el dibujo realista que le presenté, me expulsaron de la clase de religión *per secula seculorum*, amén.

—¿De qué te ríes, Pepa? —me susurró al oído Esperanza presionando su mano en mi espalda—, te toca a ti.

Volví la vista hacia el confesonario. En el interior, apenas resguardada por una vieja cortina de brocado para asegurar cierta intimidad, la penitente en turno cuchicheaba con el sacerdote palabras que no alcanzé a escuchar. Bajé la mirada y vi un par de piernas enfundadas en medias gruesas, la falda oscura cayendo sobre ambas pantorrillas, zapatos de medio tacón protegían los pies inquietos. Un resuello entrecortado la sacudía.

La mujer tardó un par de minutos en abandonar el confesonario. Pasó junto a mí cabizbaja, con prisa, dejando a su paso una estela de perfume suave, parecido al incienso, que seguía allí cuando me introduje y me hiqué en el reclinatorio. Enseguida percibí en las rodillas lo duro de la madera deformada por el uso y tuve la sensación de quedarme fija, sin movimiento posible. Doblé el velo y lo coloqué sobre el descanso del reclinatorio. Al otro lado se escuchaban murmullos apenas identificables. Traté de adivinar si la persona que se confesaba en esos momentos soportaba la misma incomodidad que yo y si tardaría mucho en dar cuenta de sus faltas al sacerdote. La rejilla frente a mí permanecía cerrada.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, escuché por el altavoz, seguido del “amén” de los fieles congregados ese domingo en misa. El chirriar de la madera se anticipó a la voz pastosa del cura, que en ese momento abrió la rejilla del confesonario para interpelarme.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —contesté con nerviosismo.

—¿Cuándo te confesaste por última vez, hijita?

—Hace más o menos tres meses, padre —alcancé a decir mientras intentaba concentrarme en lo que vendría enseguida.

Sabía de antemano que no haberme confesado en tanto tiempo podía ser considerada, quizá, como mi primera falta, todo dependería del humor del cura, aunque en teoría su buen o mal carácter estuviera por encima del sacramento de la penitencia. Al menos eso era lo que había aprendido desde que me preparé para la primera comunión.

Recordé las recomendaciones de la catequista, quien aconsejaba hacer un examen de conciencia todas las noches, antes de dormir. “No sabemos cuándo Dios nos va a llamar a cuentas —decía—, así que hay que estar preparados; si cometiste un pecado mortal, debes confesarte cuanto antes para recuperar el estado de gracia”. Pecado mortal significaba infierno; venial, purgatorio, aunque ambos me parecían terroríficos. ¡Menos mal que del limbo me había salvado ya gracias al bautismo!

Según la madre Rosa, los pecados leves se relacionaban con decir mentiras, portarte mal en la casa, pelear con los hermanos o hermanas, desobedecer a los padres, sentir envidia, enojarte con tus amigas y cosas parecidas, entre las que, apuntaba, debíamos tomar en cuenta los pecados de omisión, “que no son otra cosa —decía—, que dejar de hacer algo bueno por los demás si tenemos oportunidad”.

Las faltas graves, nos enseñó, estaban muy claras en los diez mandamientos. Si acumulabas muchos pecados, aunque fueran veniales, era momento de ir a confesarte; así, tu alma quedaba completamente limpia otra vez. Una voccecita dentro de nosotros nos avisaría cada vez que cometiéramos algún pecado.

Mi problema consistió en que pocas veces logré diferenciar una clase de pecado de otro, por lo que me apegué a los consejos de la monja

y cuestioné a mi conciencia para dar con aquellos que recitaría primero al padre.

—Tres meses es mucho tiempo, hija, hay que acercarse más a Dios, acuérdate que nadie sabe el día ni la hora de su muerte y hay que estar preparados —sentenció casi con las mismas palabras de mi antigua catequista—. Dime, ¿qué pecados has cometido?

—Dije mentiras, desobedecí a mi mamá, no arreglé mi cuarto, soy rezongona, olvidé decir mis oraciones por la noche, no fui a misa dos veces, tuve malos pensamientos, me escapé al cine con mi novio sin permiso...

—Así que novio, ¿eh? Dime, niña, ¿cuántos años tienes? —me interrumpió.

—Quince, los cumplí hace dos meses, padre.

—Toda una mujercita ¿no es cierto? Me imagino que eso del novio es sin permiso de tus padres, ¿o me equivoco?

—En la casa todos saben que Gerardo y yo andamos, padre, nos conocemos desde chicos.

¿Por qué me habrá preguntado si tengo permiso de mis padres para ser novia de Gerardo? Que yo sepa, no es malo. ¿Y ahora? ¿Tendré que contarle de los besos del otro día en el cine? Nos los dimos en la boca, disfruté mucho que me besara. Siento que mi estómago se remueve otra vez con tan sólo pensarlo, ¿será pecado? Todos los novios se besan, no creo que sea importante decírselo, los curas no conocen de besos y esas cosas, ellos no se casan...

—¿Andar? ¿Así le dices tú a tener una relación con un hombre, hija? El noviazgo es una preparación para el matrimonio, algo serio, y tú no tienes edad todavía. Dime, ¿qué es eso de andar, para ti?

—Pues eso, padre, andar. Salir juntos, ir al cine, a fiestas, bailar pegadito, tomarnos de la mano...

—Besarse y acariciarse sin recato ¿no es cierto? —elevó la voz.

—Bueno —musité—, nos besamos, ya sabe, como los novios, en la boca, pero sólo cuando estamos solos. Eso no es pecado ¿verdad?

—Sí, si los besos duran mucho tiempo son pecado, porque pueden excitar, igual que las caricias, hijita, depende, depende...

—¿Qué es mucho, padre? No le entiendo. ¿De qué depende? —pregunté nerviosa. Asidas al descanso del reclinatorio, mis manos se tensaron.

—Minutos, hija. Minutos, horas, tal vez. Las caricias son las peligrosas, especialmente si descienden hasta llegar a la bestialidad —dijo. Sentí su aliento agrio filtrarse a través de la celosía. Me aparté un poco.

¡Horas! No. La película duró menos y puedo contársela completa si me pregunta. Lo de las caricias, no sé, nos acariciamos la cara, los hombros, pero ¿bestialidad? Eso debe ser muy grave. ¿Y si mi conciencia no me avisó y cometí una falta? Abrí la boca, es cierto, mi lengua y la de él se tocaron. No creo que sentir que falta el aire y como que una se olvide de respirar tenga que ver con el asunto, fueron suspiros, sólo eso, suspiros suyos y míos, nada más. En cuanto a lo de Acapulco, son sensaciones, no pecado.

—¿Se han limitado a los besos? —quiso saber antes de que yo emitiera sonido alguno—. Cuéntame, hija, ¿qué han hecho?

Sábado por la noche. Ya era tarde, cerca de las ocho. Gerardo me acompañó de regreso a casa. Yo estaba feliz, su mano en la mía a lo largo de todo el trayecto. Seguí las instrucciones de mamá: “se me regresan a pie, nada de andarte subiendo en coche sola con el novio, ya sabes que no me gusta, no es propio de una jovencita decente y puedes dar motivo para que la gente hable, Pepa. No hagas cosas buenas que parezcan malas, bastante libertad te damos tu papá y yo dejándote salir sin chaperón. No busques que me arrepienta”.

Pocos metros antes de llegar a la puerta de la casa nos abrazamos. Siento su cuerpo pegado al mío, la emoción de las palabras dichas, mis manos apretando su espalda y un nuevo calor en la cara. Estoy en el paraíso ¿puede esto ser malo?

—Creo que nada grave, padre —le contesté en voz baja—. Las rodillas clavadas en el reclinatorio de madera y el sonido de mi propia respiración. Percibí de nuevo el aliento ácido proveniente del otro lado de la celosía, sentí náuseas. El calor de mi cuerpo subió hasta la cabeza.

—Se besan y se acarician, según me dijiste ¿Eso no te parece grave, muchachita? Seguro las cosas no paran en eso. Te recuerdo que soy el representante de Dios y no debes ocultarme nada, así que dime, anda, te escucho —insistió ante mi silencio para de inmediato apabullarme de nuevo—. ¿Qué tanta lascivia hay en los tocamientos que no me dices nada?

—Lascivia, padre, ¿qué es eso?, no entiendo.

—Desvergüenza, deseo, eso es lo que quiere decir, eso y otras cosas que me imagino experimentas cada vez que te besuqueas con tu famoso novio...

¿Será cierto? El padre debe referirse a lo que hicimos Gerardo y yo el otro día, afuera de la casa, en el descanso de la escalera.

Hablamos de la película que vimos y luego de otra, “El Graduado”. Le cuento haberla visto en Acapulco durante las vacaciones de Semana Santa. Fui al cine con mis primas mayores, las hijas de tía Hortensia, ellas me rogaron que las acompañara, no debían ir solas con los amigos que conocieron en la playa, esa fue la condición y yo acepté.

Lourdes y Elsa se sentaron con sus parejas, yo en el extremo de la fila, a su lado. Era viernes, ayuno y abstinencia obligatorios. Caigo en la cuenta. Sin embargo, comí palomitas desde que empezaron los cortos previos a la película. Se lo digo a Gerardo. También le hablo de la música, Simon y Garfunkel, lo máximo, Mrs. Robinson enamorada de un muchacho muy joven, ¡nada menos que del hijo de una pareja de amigos de ella! “Casi una cincuentona -le digo a mi novio-, ¿te imaginas?, pero el chico, Dustin Hoffmann, a la que quería era a su novia, pero esa Mrs. Robinson no lo dejaba en paz.

No cuento a Gerardo lo que la película me hizo sentir, de mi cuerpo tenso cuando los protagonistas se besaron. Sentí calor y un cosquilleo que me obligó a cruzar las piernas, las apreté fuerte, muy fuerte. Mrs. Robinson se desnudaba y yo no pude contener las sensaciones en mi estómago; pasé saliva con dificultad, la respiración entrecortada, el estallido en mi centro y luego laxitud, calor, mucho calor.

No se lo cuento a Gerardo, pero lo siento nuevamente y me dejo hacer en el descanso de la escalera.

—Tocamientos en tus senos y abajo, más abajo, esas caricias, hija, las que hacen surgir la excitación y perder el control, los ojos se nublan y te regocijas en la bestialidad. Tus partes y tu carne están reservadas para cuando te cases, para perpetuar la especie...

Pecadora. Me dejó acariciar en el descanso de la escalera. Gerardo y yo abrazados, respirando nuestros alientos. Mi carne, nuestras carnes estremecidas bajo la noche, el recuerdo de la película. Me refugio en

sus brazos, mi cuerpo pegado al suyo y las bocas entreabiertas, muy cerca. Mi boca, cuyo temblor serena Gerardo con sus labios de forma prolongada hasta que deja de estremecerse y se abre más, más.

—¡Pecadora! ¡Hija de Eva! Son todas iguales. Lo incitaste con tus juegos, ¿verdad? Has mancillado tu cuerpo que es templo vivo del Espíritu Santo. No has sabido guardarte pura para el matrimonio. ¿Qué clase de persona eres? Por eso te callas, eres culpable, mala... mala...

Soy yo quien oprimo mi brazo en torno de su espalda. Él alza la mano hasta mi nuca y me sostiene la cabeza. Hombre y mujer, cara a cara, besándonos aplastados contra la pared, buscándonos con urgencia, a tientas en la penumbra, reconociéndonos los cuerpos sobre la ropa.

Caricias y besos, lascivia, pecado, abandono...

—¡No tienes temor de Dios! ¡Contesta! Claro, prefieres callar que asumir tu responsabilidad, es más fácil. Piensa en tus hijos, los que vendrán algún día, despójate de tu cuerpo, aprende a llevar la castidad, sigue el modelo de Nuestra Madre Santísima...

Moví las piernas con dificultad y traté de incorporarme. El aliento amargo del sacerdote inundaba el interior del confesonario y se adhería a mi piel mientras la voz al otro lado repetía insistente frases que contenían vocablos que sonaban a infierno.

—¡Rézale a ella para que interceda por ti! Estás sucia... te mancharon los labios de tu novio en todas partes, la boca, la misma boca con la que besas a tu madre...

Palabras y olor se conjugaron en un líquido frío que se alojó despacio en mi ropa para filtrarse sin remedio en cuerpo y espíritu. Me sentí sola y sucia, arrebatada de toda esperanza, de consuelo o de perdón.

—¡Desvergonzada! ¡Deshonesta! ¡Inmoral!

Tomé el velo, el pedazo de tul blanco que sin percatarme había estrujado entre mis manos desde que me introduje en la casilla. Sujetéandolo con fuerza contra mi pecho salí del confesonario.

Sin voltear la cabeza atravesé el camino hacia la nave central. Decenas de ojos se clavaron en mi espalda cuando me detuve frente al altar. Subí la mirada sin detenerme en la figura del celebrante, que en esos momentos elevaba una plegaria.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo...

El triángulo, con su imponente ojo, seguía allí, inamovible ante mi dolor y desesperación, deformado por mis lágrimas.

Ten piedad de nosotros...

Susurrante, Esperanza se acercó y me tomó de los hombros con suavidad, abrazo que rechacé con violencia. Mis pupilas hicieron otro recorrido y se posaron en un enjambre de veladoras al extremo derecho del retablo central. Su fulgor se reflejaba sobre el semblante cansado de una Dolorosa cuyo rostro macilento daba a la imagen un toque de realidad. Tuve ganas de tocar ese fuego, de quemar en él el velo que llevaba en las manos. Sin embargo, me detuve, di media vuelta y se lo extendí a Esperanza.

—Lo siento —le dije—, vámonos, por favor.

Caminé hacia la puerta del templo seguida por mi amiga. Ninguna de las dos evitamos en esa ocasión el taconeo sobre el mármol del piso.

Yo no soy digno de que vengas a mí, pero una palabra tuya...

Me despedí de Esperanza a la salida y encaminé mis pasos hacia la esquina para tomar el autobús. Quise adivinar en los rostros de la gente mi propio sentimiento de culpa y de vergüenza, por lo que me esforcé en mantener mi cabeza en alto. Todos pasaron de largo, indiferentes.

El trayecto a casa fue corto. Sin saludar a mamá, quien trajinaba en la cocina preparando la comida, subí a mi cuarto y saqué de un cajón el velo que por años utilicé para asistir a misa. El contacto suave del tul hizo que una mezcla de culpa y coraje me estremeciera toda.

Jamás volveré a usar un velo, me dije. De forma descuidada le quité al tul el alfiler con cabeza imitación perla y lo deposité sobre el tocador. Respiré profundo, me descalcé con rapidez y abandoné la recámara llevando el velo en la mano.

—¿Por qué andas descalza, Pepa? ¿A qué hora llegaste que no te escuché entrar, niña? —dijo mi madre, parada bajo el marco de la puerta del comedor—. Y ahora, ¿a dónde vas?

Evadiendo la respuesta me dirigí al patio trasero de la casa con paso firme. Al fondo, el calentador de agua dejaba ver su luz interior. Sin pensarlo dos veces me acerqué, abrí la puertecilla e incliné el cuerpo para poder observar el fuego. El sobrecogimiento de la combustión se

empató con la respuesta de mi espíritu rebelde. Un fulgor parecido al que reflejaban las veladoras en el rostro de la Dolorosa me iluminó y en esta ocasión no sentí culpa o duda alguna: estrujé el velo y lo arrojé a las llamas.

—¡Nunca! ¡Jamás volveré a usar un velo! —exclamé—. ¡No más curas, ni confesiones, ni velos, ni nada por el estilo! ¡Se acabó!

—¿Estás loca, Pe-pi-ta? —gritó junto a mí mi madre—, no blasfemes así. ¿Qué te pasa?

Miré a mi madre como si lo hiciera por primera vez. Me sentí adulta y experimenté una gran ternura por ella, siempre fiel a su religión, a su credo.

—No preguntes, mamá —le susurré al oído antes de abrazarla—. Por favor, no me preguntes y nunca más me obligues a ir a la iglesia o a confesarme porque no lo haré. ¿De acuerdo? Dame un beso, ¿sí?

—o0o—

Diego despertó y con él despertaron para mí todos los hombres. Despertó túbio y soñoliento, el pelo revuelto, la boca entreabierta. La sábana se deslizó por los hombros, dejando descubierta su espalda. Parecía un animal hermoso y tranquilo. Al volverse me dirigió una sonrisa tierna que se convirtió de súbito en una mirada maliciosa al percatarse de su desnudez y de la observación de la que había sido objeto.

Giré mi cuerpo en un desafío deliberado, sin apartar los ojos de los suyos, una pierna extendida y la otra doblada en ángulo. La mano junto a mi sexo sin llegar a ocultarlo, la otra abandonada sobre las sábanas. Inmóvil.

Él se levantó y fue a sentarse en la mecedora, junto a la ventana con vista a la playa. Habíamos llegado a Cancún la tarde anterior. “Un viaje sorpresa, para festejar nuestro aniversario —me dijo dos días antes a la hora del desayuno—, pide permiso en el trabajo y prepara tu maleta, nos vamos mañana en la tarde”.

El viernes me recogió en la casa y partimos rumbo al aeropuerto. Al bajar el equipaje del coche me sorprendió ver que sacaba de la cajuela una bolsa grande, con el nombre de un prestigiado almacén impreso a

todo lo ancho. No hice comentario alguno. Supuse se trataba de un regalo de aniversario que me entregaría al día siguiente.

Vimos la puesta del sol en la playa. Llegamos al cuarto abrazados, besándonos a cada paso, apresurados en el último trecho, dejando regueros de arena en el elevador y en el pasillo.

Él me llevaba delante, las manos en mi cintura, mientras yo, a cada paso, lo besaba con avidez en la boca como una adolescente. Tropecé con una sandalia que él acababa de quitarse. Mi falda cayó al suelo y el vigor masculino de Diego se convirtió en gemido alentador. Las últimas prendas mojadas a un lado y otro de la cama, revueltas bajo los cuerpos que mojaban las sábanas, en mutua búsqueda, igual que la primera vez, mirándonos de cerca.

Su piel, su carne y su saliva se abrieron paso sin dificultad y lo recibí dentro, muy dentro, allí donde todos los enigmas del universo tienen su clave y su razón de ser.

—¡Feliz aniversario, amor! —oí decir a Diego mientras balanceaba su desnudez en la mecedora y la luz se filtraba por la ventana para encararse en su desordenado pelo. Sobre la mesa, la bolsa de su secreto permanecía intocable.

“Qué sorpresa me estará reservando —pensé—, tengo más de treinta años, hace cinco que vivo con él y no deja de asombrarme con sus cosas”. De Diego aprendí a borrar miedos y culpas, palabras tejidas alrededor de mi cuerpo que mantuvieron cerrada la puerta al placer y a la sensualidad. Aprendí, también, a estrenar sueños, y le entregué la celosía de mi virginidad la tarde que dejé colgadas en el ayer las ideas de vergüenza y pecado que heredé de la infancia.

Como si adivinara mis pensamientos, Diego jaló la bolsa y sacó una enorme caja envuelta para regalo. La puso sobre la cama y se sentó a mi lado.

—Ábrela, María José, descubre mi fantasía —dijo divertido.

Rompí la envoltura y al abrir la caja aparecieron ante mis ojos varios lienzos de tul hermosamente ribeteados con listones blancos. Los miré asombrada.

—Ya es hora de que me bailes la danza de los velos —rió, y tomando con suavidad uno de ellos lo colocó sobre mi cuerpo desnudo.

—Te ves hermosa, tanto como una novia sugerente y pura —agregó burlón—, ahora ¡baila, amor! ¡Baila para mí!

Estiró la mano y alcanzó el control del sonido ambiental ubicado junto a la cabecera, una música tenue se escuchó en la habitación.

Dispuesto el escenario, Diego volvió a la mecedora, parecía un niño en espera de su obsequio de cumpleaños, la mirada expectante, los labios abiertos.

Envuelta en el velo me levanté de la cama. Instantes después giraba feliz al son de una melodía sugerente: un lienzo de tul amarrado en cada muñeca y otro en torno a mis senos sin ocultar mi desnudez. Las vueltas provocaban que los velos chocaran entre sí para luego caer hacia atrás, dejando mi rostro a la vista. Me detuve un instante y sonreí. La imagen de un enjambre de fuego pasó en ráfaga por mis ojos. Sonreí.

—Hay algo que quiero compartir contigo, amor, pero será después —alcancé a decir antes de reiniciar los insinuantes giros a poca distancia de la mecedora y pasar los velos sobre el cuerpo y la cabeza de Diego.

Faltaba menos del cuarto para la hora cuando llegamos al templo de La Santísima...

